

El comentario de esta ingenuidad inapreciable se presenta por sí mismo. Es como si hubiera dicho en propios términos: «Nuestra Religión, como ya sabéis, no es mas que un establecimiento puramente civil, que no reposa sino sobre la ley del país y sobre el interés de cada individuo. ¿Por qué somos anglicanos? Á la verdad, no es la persuasión la que nos determina á ello, sino el temor de perder los bienes, los honores y privilegios. No teniendo la palabra fe ningún sentido en nuestra lengua, si es católica la conciencia inglesa, nosotros la obedeceremos desde el momento en que no deba costarnos nada hacerlo así. En un abrir y cerrar de ojos seremos todos católicos ¹.»

VII. Mas si el sistema anglicano en todo lo que encierra de falso, es el mas evidentemente falso; en compensacion ¿por cuántos lados no se nos recomienda como el mas cercano de la verdad? Los ingleses, contenidos por la mano de tres Soberanos terribles, que gustaban poco de las exageraciones populares; y contenidos tambien (como es de nuestra obligacion observarlo) por un superior sentido comun, pudieron resistir en el siglo XVI hasta un punto muy notable al torrente que arrastraba á las otras naciones, y conservar muchos elementos católicos. De aquí proviene la fisonomia ambigua que distingue á la Iglesia anglicana, y que tantos eseritores han hecho observar. «Ella sin duda no es la esposa legitima, pero es la dama de un Rey; y aunque hija

lamento, etc., vol. IV: Londres, 1803, pág. 943, discurso del Procurador general).

¹ No obstante me atrevo á creer que este sábio magistrado exageraba mucho su desgracia futura. *Todo el mundo*, decia, *será católico*. Y bien, cuando todo el mundo estuviese de acuerdo en ello, ¿qué mal resultaria? — Tres dias antes (*en la sesion de 10 de mayo*, *ibid.* pág. 761), sobre la misma cuestion, decia otro individuo en la Cámara: «Jacobó II no pedía para los Católicos sino la igualdad de privilegios; pero esta igualdad hubiera traído la caída del Protestantismo.» ¿Y por qué? Siempre hallamos la misma confesion. *El error, si no se sostiene por medio de proseripciones, no podrá jamás sostenerse contra la verdad.*

«manifiesta de Calvino, no tiene el semblante audaz de sus hermanas. Alzando la cabeza con un aire majestuoso, pronuncia claramente los nombres de *Padres*, de *Concilios*, de *Jefes de la Iglesia*; su mano lleva el báculo con soltura, habla con seriedad de su nobleza, y bajo la máscara de una mitra aislada y rebelde, ha sabido conservar algun resto de gracia antigua, despojo venerable de una dignidad que ya no existe ¹.»

¡Nobles ingleses! vosotros fuisteis en otro tiempo los primeros enemigos de la unidad; á vosotros, pues, toca hoy el honor de volverla á establecer en Europa. El error solo levanta en ella la cabeza porque nuestras lenguas son enemigas: si estas llegan á unirse sobre el primero de los objetos, nada les resistirá. No se trata mas que de aprovechar la feliz ocasion que la politica os presenta en este momento. Un solo acto de justicia, y el tiempo hará lo demás.

VIII. Después de tres siglos de irritacion y de disputas, ¿de qué os quejais, ó qué teneis que decir contra nosotros? ¿Diréis aun que hemos innovado, que hemos inventado dogmas, y mudado en símbolos nuestras opiniones humanas? ¡Ah! pues si no quereis creer á nuestros doctores, que protestan y prueban que no enseñamos mas que la fe de los Apóstoles, creed á lo menos á uno de vuestros ateistas, y él os dirá: «que los poderes ejercidos por la Iglesia romana son en gran parte anteriores á casi todos los establecimientos políticos de la Europa ².»

¹ Dryden, *Poemas originales*, en 12.º, t. I. *The hind and the Panther*, Part. I. — En el *Almacen europeo*, t. XVIII, agosto de 1790, pág. 113, se lee un trozo muy notable del Dr. Burney sobre el mismo asunto. Pero algunos disidentes modernos son menos decentes y más determinados; pues dicen así: «La Iglesia de Roma es una prostituta, la de Escocia una concubina, y la de Inglaterra una mujer de mediana virtud entre aquellos dos extremos.» (*Diario del Parlamento de Inglaterra*, cámara de los Comunes, 2 de marzo de 1790, discurso de Burke).

² El texto literal inglés dice así: «Á la verdad, muchos de los poderes reasumidos por la Iglesia de Roma son muy antiguos, y muy

Creed á vuestros deistas, y ellos os dirán: «que un hombre instruido no puede resistir al peso de la evidencia histórica, que establece, que en todo el período de los cuatro primeros siglos de la Iglesia, los puntos principales de las doctrinas papistas estaban ya admitidos teórica y prácticamente¹.»

Creed á vuestros apóstatas, y ellos os dirán, que desde luego habian cedido á este argumento, que les pareció invencible, á saber: «que es preciso que haya en alguna parte un juez infalible, y que la Iglesia de Roma es la única sociedad cristiana que pretende y puede pretender tener este carácter².»

Creed en fin á vuestros propios doctores y obispos anglicanos, y ellos os dirán en los momentos felices de conciencia ó de distraccion, *que las semillas de la doctrina papista fueron sembradas desde el tiempo de los Apóstoles*³.

Entrad dentro de vosotros mismos; procurad dominaros y dominar á vuestras preocupaciones, de modo que podáis contemplar en la calma de vuestra conciencia de cuán extraño sistema tenéis la desgracia de ser los principales defensores. ¿Son precisos acaso tantos argumentos contra el Protestan-

«anteriores á casi todos los gobiernos políticos establecidos en Europa.» (Hume, *Historia de Inglaterra*, Enrique VIII, c. 29, an. 1521). — Hume, segun se ve, procura modificar ligeramente su proposicion; pero esto no es mas que una pura sofistería de su misma conciencia.

¹ Gibbon, *Memorias*, t. I, c. 1 de la traducción francesa.

² Esta decision es de Chillingworth, y Gibbon al referirla añade, que aquel *no habia sacado este argumento sino de si mismo* (Gibbon, *ibid.* c. 6); en cuya suposicion es preciso creer que ni Chillingworth ni Gibbon habian leído mucho á nuestros Doctores.

³ El texto literal inglés dice así: «Las semillas del Papismo germinaron ó brotaron ya en los tiempos de los Apóstoles.» (Bishop, *Disertaciones de Newton sobre las profecías*: Lóndres, en 8.º, t. III, c. 10, pág. 148). Este buen hombre con un corto esfuerzo mas de franqueza, nos hubiera dicho en propios términos, y no indirectamente como lo hace: *que estas semillas del Papismo fueron sembradas por el mismo Jesucristo.*

tismo? ¡Ah! no; basta delinear exactamente su retrato, y mostrárselo pacíficamente.

IX: «En virtud de un anatema terrible, inexplicable sin duda, pero aun mas incontestable que inexplicable, el género humano habia perdido todos sus derechos. Sumergido en un mar de tinieblas, todo lo ignoraba; pues que ignoraba á Dios; y porque lo ignoraba, no podia dirigirle sus ruegos; de modo que se hallaba espiritualmente muerto, sin poder aun pedir la vida. Llegado por una degradacion rápida al último grado de embrutecimiento, ultrajaba á la naturaleza con sus costumbres, con sus leyes, y aun con sus mismas religiones. Consagraba todos los vicios, se revolcaba en el cieno de su hediondez, y su embrutecimiento era tal, que la historia sencilla de aquellos tiempos forma un cuadro peligroso en términos que no todos los hombres deben contemplarlo. No obstante, Dios, *despues de haber disimulado durante cuarenta siglos*, se acordó de su criatura, y en el momento señalado y anunciado en todos los tiempos, *no desdeñó el seno de una virgen*; se revistió de nuestra desgraciada naturaleza, y apareció sobre la tierra. «Nosotros le vimos, le tocamos; él nos habló, vivió, enseñó, sufrió y murió por nosotros. Salido del sepulcro, segun su promesa, volvió á aparecer entre nosotros, para asegurar solemnemente á su Iglesia una asistencia tan durable como el mundo. Mas ¡ay! este esfuerzo de un amor todopoderoso no tuvo ni con mucho el buen suceso que debía. Por falta de ciencia ó de fuerza, ó por distraccion, acaso no pudo Dios cumplir su palabra. Menos diestro que un químico que emprendiese encerrar el éter dentro de un lienzo ó de un papel, solo confió á los hombres esta verdad que habia traído á la tierra, y así ella se evaporó, como podia muy bien haberse previsto, por todos los poros humanos. Bien pronto esta Religion santa, revelada al hombre por el Hombre-Dios, no fue mas que una infame idolatría, que duraría aun, si el Cristianismo, despues de diez y seis siglos, no

«hubiese sido conducido de repente á su pureza original por «dos miserables.»

Hé aquí el Protestantismo. Y ¿qué diremos de él, y de vosotros que lo defendéis, cuando ya no existirá? Contribuid antes bien á hacerlo desaparecer. Para restablecer una religion y una moral en Europa; para dar á la verdad las fuerzas que exigen las conquistas que medita; para afirmar sobre todo el trono de los Soberanos, y calmar suavemente esta fermentación general que nos amenaza con las mayores desdichas, el preliminar indispensable es borrar del diccionario europeo esta voz fatal: PROTESTANTISMO.

X. Es imposible que unas consideraciones de tanto interés no hallen en fin acogida en los gabinetes protestantes, y no permanezcan allí como en depósito para descender luego como una lluvia bienhechora sobre los montes y los valles. Todo está convidando á los Protestantes á volver hácia nosotros. Su ciencia, que no es ahora mas que un espantoso corrosivo, perderá su fuerza destructiva aliándose con nuestra sumision, que en retorno no dejará de ilustrarse con su ciencia. Esta grande mudanza debe comenzar por los Príncipes, sin que tenga ninguna parte en ella el ministerio llamado *evangelico*. Muchas señales manifiestas excluyen á este de la grande obra. Adherir al error es siempre un gran mal; pero enseñarlo por oficio, y contra el grito de su propia conciencia, es el exceso de la infelicidad, y su inevitable consecuencia es una ceguera absoluta. Un grande ejemplo de esto acaba de presentarnos la capital del Protestantismo *, donde el cuerpo de los pastores ha renunciado públicamente al Cristianismo, declarándose arriano, mientras que la prudencia de los legos le echa en cara su apostasia.

XI. En medio de la fermentación general de los espíritus, los franceses, y entre ellos el orden sacerdotal particularmente, deben examinarse con cuidado, y no dejar pasar esta grande ocasión de emplearse eficazmente, y en la pri-

* Ginebra.

mera línea, en la reconstrucción del santo edificio. Sin duda tienen que vencer grandes preocupaciones, mas para superarlas tienen tambien grandes medios; y lo que no es pequeña ventaja, tienen muchos enemigos menos. Los Parla-mentos ya no existen; los cuales reunidos en cuerpo hubieran podido oponer una resistencia acaso invencible, y entonces ¡ay de la Iglesia galicana! podia contarse llegado su fin. En el día el espíritu parlamentario no puede explicarse, ni obrar sino con esfuerzos individuales, que no pueden producir mucho efecto. Así se puede esperar que nada impedirá al sacerdocio el unirse sinceramente con la Santa Sede *, de donde las circunstancias lo habian apartado mas de lo que acaso puede creer. No hay otro medio para restablecer la Religion sobre sus antiguas bases. Bien lo saben los enemigos de esta Religion, y por eso procuran en cuanto pueden establecer la opinion contraria; á saber, *que el Papa es quien se opone á la reunion de los Cristianos*. Un obispo griego ha declarado hace poco tiempo, *que él no veia otro muro de separación entre las dos iglesias sino la supremacía del Papa* †; y ¿quién creyera que esta simple asercion de un prelado griego, la he oido yo citar en un país católico para establecer aun la necesidad de restringir mas el supremo poder espiritual? ¡Pontífices y levitas franceses, guardaos de los lazos que os tienden! Para abolir el Protestantismo en todas sus formas, os proponen haceros protestantes. Al contrario, solo restableciendo la supremacía pontifical volveréis á colocar la Iglesia galicana sobre sus verdaderas bases, y restableceréis su antiguo lustre. Volved á ocupar vuestro lugar; la Iglesia universal necesita de vosotros para celebrar dignamente la época famosa que la posteridad mirará siempre con una profunda admiración, época en que el Sumo

* Por una gran dicha de las iglesias de Francia esta union se va realizando en todo y estrechándose mas de cada día (1856).

† Este prelado es Elias Meniate, obispo de Zarissa. Su libro intitulado: *La piedra de escándalo*, ha sido traducido en alemán por Jacobo Kemper: Viena, en 8.º, 1787, pág. 93.

Pontífice haya sido restablecido en su trono por sucesos; cuyas causas salen visiblemente del estrecho círculo de los medios humanos.

XII. Ninguna institucion humana ha durado diez y ocho siglos; y este prodigio que sería notable en todas partes, lo es mucho mas particularmente en el seno de la movable Europa, porque el reposo parece ser el suplicio del europeo, y este carácter contrasta increíblemente con la inmovilidad oriental. Es preciso que el europeo obre, que emprenda, innove, y que mude todo lo que está á sus alcánces. Sobre todo la política no ha dejado de ejercitar el genio innoyador de *los hijos de Jafet*. En la inquieta desconfianza que los tiene siempre armados contra la soberanía, hay sin duda mucho orgullo; pero tambien hay una conciencia justa de su dignidad, y Dios solo conoce las cantidades respectivas de estos dos elementos. Basta observar aquí este carácter, que es un hecho incontestable, y preguntarse, ¿qué fuerza oculta ha podido mantener el trono pontificio en medio de tantas ruinas y contra todas las reglas de la probabilidad? Apenas se estableció en el mundo el Cristianismo, cuando algunos implacables tiranos le declararon una guerra feroz, y bañaron la nueva Religion en la sangre de sus hijos. Los herejes por su parte la atacan en todos sus dogmas sucesivamente; y á su frente se presenta Arrio, que asusta al mundo y *le hace dudar si es cristiano*. Juliano con su poder, su astucia, su ciencia, y sus cómplices los filósofos, dan al Cristianismo golpes que hubieran sido sin remedio para todo lo que hubiese sido mortal. Bien pronto el Norte vomita sus pueblos bárbaros sobre el Imperio romano. Vienen á vengar á los Mártires, y podria creerse que vienen tambien á sofocar la Religion, por la cual murieron aquellas víctimas; pero sucede todo lo contrario. Ellos mismos fueron suavizados por este culto divino que preside á su civilizacion, y que mezclándose en todas sus instituciones, da á luz la grande familia europea y su monarquía, de que el universo no tenia la menor idea. Sin embargo, las tinieblas de la ignorancia siguen

á la invasion de los bárbaros; pero la antorcha de la fe brilla de un modo mas visible en este fondo oscuro, y la ciencia misma concentrada en la Iglesia no deja de producir hombres eminentes para su siglo. La noble simplicidad de estos tiempos ilustrados por tan altos caracteres valia mucho mas que la media ciencia de sus sucesores inmediatos; pues en su tiempo fue cuando nació ese funesto cisma que redujo á la Iglesia á buscar su Jefe visible durante cuarenta años. Este azote de los contemporáneos es un tesoro para nosotros en la historia, y nos sirve para probar que el trono de san Pedro es indestructible. ¿Qué establecimiento humano hubiera resistido á esta prueba, que no obstante era nada, comparada con la que aun iba á sufrir la Iglesia?

XIII. *Aparece Lutero, y Calvino le sigue*. En un exceso de frenesí, de que no habia ejemplo en el género humano, y cuya consecuencia inmediata fue una carnicería de treinta años, estos dos hombres salidos de la nada, con el orgullo de los sectarios, la acrimonia plebeya, y el fanatismo de las tabernas¹, publicaron la *Reforma de la Iglesia*, y efectivamente ellos *la reformaron*, pero sin saber lo que decían ni lo que hacían. Cuando hombres sin mision se atreven á emprender *la reforma* de la Iglesia, *deforman* su partido, y *no reforman* realmente sino la verdadera Iglesia, que se ve obligada á defenderse y á velar sobre sí misma; y esto es precisamente lo que sucedió: porque no hay mas verdadera *reforma*, que el largo capítulo de *Reformatione* que se lee en el concilio de Trento, mientras que la pretendida Reforma se ha quedado fuera de la Iglesia, sin regla, sin autoridad, y muy pronto sin fe, como la vemos en el día. Mas ¿por qué

¹ EN LAS TABERNAS se contaban á porfia anécdotas y chistes satíricos sobre la avaricia de los clérigos; se ridiculizaban las llaves y el poder de los Papas, etc. (*Carta de Lutero al Papa*, fecha el día de la Trinidad, año 1518, citada por el Sr. Roscoe, *Historia de Leon X*, en 8.º, t. III, apéndice núm. 149, pág. 132). Bien se puede uno fiar de Lutero en estas primeras cátedras de la Reforma.

convulsiones tan terribles no ha pasado para llegar á esta nulidad de que somos testigos? ¿Quién puede acordarse, sin temblar, del fanatismo en el siglo XVI, y de las espantosas escenas que presentó al mundo? Y sobre todo ¡qué furor contra la Santa Sede! Nos avergozamos aún por la naturaleza humana; al leer en los escritos de aquel tiempo las sacrilegas injurias vomitadas por estos groseros novadores contra la jerarquía romana. Todos los enemigos de la fe combaten en vano é inútilmente, porque pelean contra Dios; pero ninguno se ha engañado en la dirección de sus golpes; todos saben dónde se debe herir; y lo que hay mas notable es, que á medida que van pasando los siglos, los ataques contra el edificio católico se hacen *siempre* con mas fuerza; de modo que diciendo *siempre no hay mas allá*, nos engañamos *siempre*. Despues de las tragedias horrorosas del siglo XVI, pudiera decirse que la Tiara habia resistido á la mas fuerte prueba; sin embargo, esta solo habia servido de preparacion para otra. Los siglos XVI y XVII podrian llamarse *las premisas* del siglo XVIII, el cual no fue en efecto sino *la conclusion* de los dos precedentes; porque el espíritu humano no hubiera podido llegar de un golpe al grado de audacia que hemos visto. Era preciso para declarar la guerra al cielo poner aún el monte *Ossa* sobre el *Pelion*. El Filosofismo no podia levantarse sino sobre la grande base de la Reforma.

XIV. Como cualquier ataque contra el Catholicismo recae necesariamente sobre el Cristianismo, los llamados *filósofos* de nuestro siglo no hicieron mas que apoderarse de las armas que los Protestantes les habian preparado, y volverlas contra la Iglesia, burlándose de sus aliados, que no merecian la pena de un ataque, que acaso esperaban. Recórranse todos los libros impíos escritos en el siglo XVIII, y se verá que todos son dirigidos contra Roma, como si no hubiese verdaderos cristianos fuera de su recinto, lo que es muy cierto, hablando rigurosamente. Nunca se repetirá demasia-

do; nada hay mas infalible que el instinto de la impiedad. Véase qué es lo que ella detesta, lo que la hace entrar en furor, lo que ataca siempre, en todas partes y con toda furia: es la verdad. En la sesion infernal de la Convencion nacional francesa (que chocará mucho mas á la posteridad de lo que ha chocado á nuestros ligeros contemporáneos), en la que se *celebró*, si es permitido decirlo así, la abnegacion del culto, Robespierre, despues de su *immortal* discurso, ¿se hizo acaso traer los libros, los vestidos, y las copas del culto protestante para profanarlas? ¿Llamó á la barra, ó procuró reducir ó asombrar á algun ministro de aquel culto, para obtener algun juramento de apostasía? ¿Se valió á lo menos para esta horrible escena de los ministros protestantes corrompidos, como se habia valido de los del orden católico? Nada menos; ni siquiera pensó en ello. De parte de aquellos ministros nada le irritaba ni incomodaba, nada le hacia sombra, porque los enemigos de Roma no pueden ser odiosos unos á otros, cualesquiera que sean sus diferencias bajo otros respectos. Por este principio se viene en conocimiento de la afinidad, de otro modo inexplicable, de las iglesias protestantes con las iglesias socianas, nestorianas, etc., separadas mas antiguamente. En cualquiera parte que sus individuos se encuentran, luego se abrazan, y se complimentan con una ternura que á primera vista sorprende, siendo como son sus dogmas capitales directamente contrarios; pero al instante se adivina el secreto. Todos los enemigos de Roma son amigos; y cómo no puede haber *se* propiamente dicha fuera de la Iglesia católica, luego que pasa el acceso de fiebre que acompaña al nacimiento de todas las sectas, cesan de incomodarse unas á otras por los dogmas, á los que no están adheridos sino exteriormente, y que ven borrarse uno tras de otro del símbolo nacional á medida que place al juez caprichoso, llamado *razon particular*, citarlos á su tribunal para declararlos nulos.

XV. Á principios del último siglo un fanático inglés hizo